

EL OBSERVADOR.

Boletín.

La Abeja que veía la oposición cuando nadie hablaba de ella, la Abeja que ha estado produciendo las mayores acusaciones contra esta oposición, empieza á dudar de su existencia, ahora que todos la están viendo palpablemente. Hubo un tiempo en que sostuvimos que la oposición no existía, porque no conociéndose el plan y sistema político del ministerio, difícil era adivinar quien se oponía á él. Estas dudas, estas incertidumbres han cesado, la política del gobierno está á la vista de todos, y esta política tiene la mayoría en contra. Estamos viendo la octava maravilla del mundo: una simple mayoría de un solo voto, una votación de empate bastaría para comprometer la existencia política de un ministerio de otro país; pero el nuestro que tantas veces ha repetido la voz *parlamentario* se atreve á dirigir los negocios sin el apoyo de la mayoría, condición indispensable de todo gobierno representativo.

No es preciso estar muy ducho en las teorías parlamentarias, cuyo olvido ó ignorancia ha sido constantemente achacado á la oposición para conocer, que es como dijimos ayer, de toda urgencia, el que se verifique una modificación pronta en el personal ó en la política del ministerio; porque de no hacerlo vamos á entrar en un caos, y la obstinación produce generalmente las mas lastimosas consecuencias: claro está que si el ministerio, desprecia conciliarse, con prontas y seguras concesiones, los votos de la mayoría, no podrá gobernar legalmente, y en tal caso le será preciso salir de la legalidad; y aun quizá desgarrar con sus propias manos el Estatuto Real áncora de nuestra salvación. Vea el abismo que se abre á nuestros pies, y saquenos de los peligros en que su ceguera pudiera sumirnos.

No concebimos por qué el señor ministro de lo Interior ha abandonado á sus compañeros cuando discusiones tan importantes reclaman imperiosamente su presencia. En las sesiones de estos días, los señores ministros de Estado y Hacienda por la naturaleza de sus atribuciones debieran ser los últimos á llevar el peso de la discusión. Las materias que se discuten competen esencialmente al señor ministro de lo Interior, y aun al de la justicia; no hay entre ellas una sola cuestión de hacienda ni de política exterior, y no ver en el banco del ministerio mas que á los dos miembros menos interesados en los debates, es una de las muchas anomalías de que somos testigos. ¿Es esta forma de gobierno representativo? ¿Es esto *parlamentario*? De los seis ministros tres son los procuradores; dos asisten á las discusiones, el otro no asiste ó se abstiene de votar, el ministerio se familiariza con la derrota; y casi todas las votaciones sino entra antes en capitulación con la oposición las pierde. ¿Qué es esto?

Noticias extranjeras.

INGLATERRA.

London 21 de agosto.

El rey y la reina han vuelto á Windsor.

—El dinero es muy raro en la ciudad, se ha ofrecido un 4 por 100 de intereses sobre los bonos del Ecuquier, y se hubiera podido obtener un 5 por 100. Se experimenta mucho embarazo por esta penuria. La emisión de nuevo papel moneda, y la exportación de oro del país principian á picar la curiosidad pública, y se principian á inquietar los ánimos, porque se envía tanto dinero al exterior.

—Hoy entra el rey en su 70.º año. Nació S. M. el 21 de agosto de 1765.

Idem 22.—El barco de vapor *Caron*, llegado recientemente de Smirna á Malta ha traído noticias de Smirna y Vourla hasta el 23 de julio. El almirante Rowles estaba en el puerto de Vourla con seis navíos de línea, en los que se incluía el *Canopo*. Como la peste ha cesado casi enteramente en Smirna, se cree que la escuadra inglesa vuelva pronto á anclar en aquel puerto. (*Morning Post*.)

—Han llegado periódicos de Nueva-York hasta el 25 de julio: traen noticias de Méjico, donde ha habido combates obstinados en el interior: la ciudad estaba tranquila, y se había declarado á favor de Santana. Se decía que sus parciales habían detenido una conducta de 6000 pesos fuertes; en su consecuencia han bajado aquí los fondos mejicanos. (*True Sun*.)

FRANCIA.

Paris 22 de agosto.

El paquebote *Flamen*, procedente del Mediterráneo, trae la noticia del regreso de la escuadra inglesa á Vourla, donde se hallaba también la francesa.

—Se hablaba de un próximo desembarco de tropas rusas en Constantinopla. Las noticias de Grecia traídas por este paquebote son muy poco lisonjeras.

—Las cartas particulares de Berlín anuncian que el rey de Prusia está con una indisposición bastante grave, por lo que los médicos le han aconsejado renuncie al viage que tenía proyectado.

Idem 23.—Según el *Corresponsal de Hamburgo*, se confirma la noticia de que está reuniéndose una escuadra Rusa considerable en Crotstadt, y pronta á darse á la vela; pero es prematuro el temor de que esta escuadra haga movimientos en el Báltico, así que los del Mediterráneo tomen un carácter mas serio.

—El *Correo del Indre y Loira* anuncia que el conde de España, que estaba en Tours bajo la vigilancia de la policía, ha logrado burlarla y ha desaparecido.

Idem 24.—La *Gaceta de Ausburgo* trae una carta de Constantinopla, fecha el 4 de agosto, en que se pinta á la Siria como enteramente revuelta contra Ibrahim: es evidentemente exagerada esta noticia, y además la llegada próxima de Mehmet-Ali con refuerzos á su hijo, mudaría prontamente el aspecto de los asuntos si estuviesen tan mal como pinta la carta. En la *Gaceta de Luca* encontramos el pasaje siguiente: «Cartas fidedignas de Alejandria traen la noticia de que el 26 de junio concluyó Mehmet-Ali definitivamente la paz con la Siria, concediendo un perdón general.» Estas mismas noticias se confirman por el *Correo de Lyon* que trae una carta de Alejandria, fecha el 4 de julio que dice lo siguiente: «Tenemos noticias de Siria que anuncian haberse sometido los revoltosos de Niplousa y Jerusalem á Ibrahim-baja y todo estaba concluido. Mehmet-Ali no había llegado aun á Jaffa, pero se cree que ahora su ausencia de Egipto sea muy corta.»

—Ayer tuvo el príncipe Talleyrand una audiencia del rey Luis Felipe, que duró mas de dos horas.

—Mr. Pozzo di Borgo tuvo también una larguísima conferencia con el ministro, de negocios extranjeros.

MADRID 7 DE SETIEMBRE.

Extracto de los partes recibidos en la secretaría del despacho de la Guerra, y publicados en el suplemento de la *Gaceta del sábado 6 del presente*.

Con fecha del 27 de agosto dice el señor marques de Rodil desde su cuartel general de Almaz, que cerciorado del regreso del pretendiente al valle de Bastan se dirigió á Almaz para proteger la marcha al brigadier Jáuregui, y servir de reserva y apoyo á la columna del general Aulco haciendo las tropas una marcha penosísima á causa de las extraordinarias lluvias, y á la luz de hachones ó fajos de paja, con cuyo auxilio á las 12 de la noche llegaron las mulas de la brigada con soldados montados, sin que hubiese habido desgracia alguna por las disposiciones tomadas de antemano.

El mismo 27 el pretendiente se dirigió por Santistevan hacia Aranzaz, pero esta dirección fue aparente, pues retrocedió para Egui, lo cual dice el general en jefe da idea de mi ocupación durante el día de mañana con la columna que me sigue, destinando el general Lorenzo con su división y la primera de infantería para perseguir á Zumalacarreui, á lo cual podrán coadyuvar el señor Espartero desde Vizcaya, y el señor Figueras desde la Borunda: termina el parte deseando lograr el buen resultado que se propone, y asegurando que mental y físicamente hace cuanto puede para conseguirlo.

El brigadier Jáuregui en su oficio al general en jefe citado en el parte anterior dice desde Santistevan el mismo 27 de agosto que á su llegada supo que las juntas de Navarra y Guipúzcoa, reunidas en Fuencilla se fugaron con dirección á Vera, é igualmente dos batallones rebeldes guipuzcoanos que se hallaban en Labayen marcharon para San-dias, y que el 25 había pasado por allí la junta de Alava. Que el pretendiente lle ó la noche del 24 á Irurita, que el 25 estaba allí dispuesto á marchar, pero que cuando principiaba á cerciorarse el señor Jáuregui de estos movimientos recibió parte desde Irurita, en que los señores Alaix y Zugarramundi decían que la tarde anterior había pasado el pretendiente hacia Arzenaga con la escolta de 150 hombres, y había pernoctado en una miserable horda de ganado á corta distancia de Engui, en la cual (dice en postdata) permanece hoy, y la gente renegando por falta de descanso, á la inclemencia y sin comer.

Contestando á estos oficios el general en jefe le dice que dividiendo su fuerza en dos partes iguales, vaya por los puntos que le indica á Engui donde también se dirigirá S. E.

El mismo jefe en otro oficio desde Engui el 28 confirmando que el pretendiente había pasado la noche en el pun-

to referido, dice, que con su comitiva llegó á Engui el día anterior á las 9 de la mañana, y que después de oír misa y comer se dirigió á Roncesvalles, por lo cual el citado general pensaba seguirle con cuatro ó cinco columnas en diferentes direcciones.

En el oficio del 29 firmado en Roncesvalles indica los movimientos que hizo con el espresado objeto y supo que el pretendiente á las 5 de la tarde anterior se dirigió á Lasaretta, luego que supo que las avanzadas del ejército de la Reina, llegaron al punto de Vurtiaga.

Con fecha del 30 dice el mismo señor marques de Rodil desde el Espinal, que informado por sus confidentes de que el pretendiente con Eraso, Subiri y tres curas, se hallaba en las Cuevas de la sierra de Anchoa á fin de eludir la persecución, ocupó con siete destacamentos las siete únicas salidas que puede tener en el caso de que sea cierto el informe de los confidentes.

El mismo suplemento inserta otros partes del señor conde Armildez de Toledo relativos á los diversos movimientos de las tropas; añade que son muchos los facciosos que por todas direcciones se van á sus pueblos, pero sin soltar las armas, y con ellas huyen á los montes al acercarse nuestras tropas; y que parece imposible que el pretendiente pueda librarse de la activa persecución que sufre, ó que no sucumba á ella, pues no tiene un momento de descanso.

Al mismo señor conde Armildez de Toledo, decía el general en jefe desde el Espinal: «estoy haciendo una batida á la Peña de Anuaire, inmediatamente, porque tengo sospechas de si en ella se me escondió el pretendiente:» y por último, dice el mismo señor conde que en aquellos días se habían presentado al indulto ocho facciosos, y que por los pueblos vagan muchos con sus armas.

El señor don Joaquín de Osma desde Vitoria, á 2 del presente, participa que por muy poco no fue sorprendida la junta alavesa por una columna de nuestras tropas, la que al menos consiguió cojer la brigada y las raciones que tenía preparadas.

EL VOTO DE SANTIAGO.

Hemos visto con indecible placer la conformidad del ministerio con el Estamento de los Procuradores en abolir el gravamen injusto y ominoso que sufrieron los pueblos, á pretexto de una promesa que ni existió, ni ha podido acreditarse.

Del cálculo formado por don Francisco Rodríguez de Ledesma, en el discurso que imprimió en el año de 1805, resulta que ese año quedaron líquidos á favor de la iglesia de Santiago 18.423,337 1/2 rs., de la contribución del voto impuesta para mantener canónigos y sirvientes con el producto del trabajo (propiedad sagrada) de los braceros, y por lo mismo contraria á las cualidades que busca la ley en la concesión de tales privilegios: «Se dirá dado un privilegio contra el derecho natural, cuando por él se diesen las cosas de un hombre á otro, y si lo diere (el Rey) *non vala*.»

Fue injusta desde su origen, por no poderse subsanar los vicios de que adolece su institución.

Nadie ha visto hasta ahora el despacho original en que ofreciera el Rey Ramiro gravar á los pueblos con *sendas medidas del mejor pan que los omes labrasen é otro si de vino para mantenimiento de los canónigos y servidores de la iglesia de Santiago*; y el mismo cabildo tiene dicho que no le posee entre los muchos que conserva en sus archivos concedidos desde la era de Alfonso el Casto hasta el reinado de Alonso VI.

Viéronse, sin embargo, aparecer varias copias del supuesto diploma, una con la data de 972 atribuyéndole á Ramiro I, que empezó á reinar en 842, y había muerto 22 años antes de la fecha del privilegio; y otra con la de 872, esto es, 22 años después de la muerte de Ramiro. Todas presentan los mas torpes anacronismos, las relaciones mas necias y absurdas, los errores mas palpables; y ni Odoño I al confirmar y ampliar en 854 el privilegio de tierras de Alfonso el Casto, ni Alfonso III en el de 899, ni sus sucesores en la referencia de otros, ni las bulas expedidas hasta los pontificados de Inocencio II y Alejandro III, que aprobó el orden y estatutos de la caballería de Santiago, ni la historia de Compostela, ni las crónicas, ni escritor alguno de los siglos IX, X y XI, hablan del feudo de las cien doncellas, de la batalla de Clavijo, de los 700 moros muertos, de la aparición de Santiago, ni hacen mención del voto, á pesar de ser canónigos y obispos los historiadores y cronistas, pudiendo creerse que se forjó el privilegio á fines del siglo XII, tomando por modelo las costumbres sarracenas, y algunos pasajes de la historia profana y de la mitología, en que se hallan sueños y apariciones idénticas á la de Santiago en España, y á la de san Severo en Francia, matando aquel moros y este normandos.

No hay nación que no cuente prodigios de sus númenes tutelares, y los pueblos incantados pagan á buen precio las maravillas con que suelen ser deslumbrados. Para asegurar- lo se tradujo al idioma vulgar la fábula de Clavijo, y sin merecer mas crédito que las zahurdas de Pluton, se insertó en la provision Real que se supone expedida en el año de 1378 por la Chancillería de Valladolid, creada 44 años despues. Insertóse tambien en despachos librados por el metropolitano de Salamanca, mandando que todos los años la leyesen los curas el dia de la festividad del Apóstol; y para que fuera mas pungente la persuasión se reforzó con un monitorio del nuncio del papa Pio V, que en 1566 mandó que todos los prelados eclesiásticos de España, so pena de excomunion, declarasen á sus respectivos pueblos, mientras los oficios divinos, todo el suceso de Clavijo, leyéndoles el privilegio, y que lo fijasen despues en las puertas de las iglesias.

Difundido en los sencillos pueblos de labranza, que miran como oráculos á sus curas, doblaron la cerviz á la coyunda, y el cabildo de Santiago, deseando uncir á todos los de España, comprendidos en las maldiciones con que termina el privilegio, demandó el tributo que solo percibia de los alucinados, fundando la obligacion de pagarle en el voto dedon Ramiro. Los de las diócesis de Toledo, Burgos, Sigüenza, Palencia, Osma y Calahorra, que no se contaban en aquel número, resistieron el pago alegando la falsedad del privilegio, y así lo declaró el consejo en sentencia de 1628, quedando absueltos de la demanda, sin que sea fácil entender la causa de haber continuado la exacción en las provincias que la sufrían, bajo el mismo título apócrifo.

El temor de que pudiera generalizarse el convencimiento de su nulidad, puso á los vampiros en la necesidad de acopiar otros materiales para cerrar de algun modo la brecha que abrió el fallo del consejo. Lorenzo Martin, profesor de pintura en Granada, confesó al padre Moraga, guardián de san Francisco, haberse prestado á falsificar letras, signos, firmas y rúbricas en escrituras pertenecientes al voto de Santiago, con otros secretos que el padre denunció al gobierno, manifestando que el presbítero don Juan Florez, beneficiado de Jerez de la Frontera, prebendado de la catedral de Granada, examinador sinodal del obispado de Gaudix, y ministro del santo oficio de la inquisición, suministraba los materiales al padre Juan de Echeverría, y á otros que escribían á favor del voto por encargo y buen salario que les daba la catedral de Santiago.

Instruido el proceso por Real decreto de 7 de junio de 1774, declaró el pintor Martin, que Florez le habia buscado para dibujar en papel varios sellos y anillos con letras de la antigüedad, correspondientes á los arzobispos de la iglesia de Santiago; y que al pie de otros escritos, trabajados por el amanuense Patiño, le mandaba copiar con toda exactitud las firmas, rúbricas y signos de otros originales.

Reconocidas las casas de los autores y cómplices, se encontraron entre otra multitud de escritos, la carta atribuida al moro Benzaid, testigo ocular de la batalla de Clavijo y de la aparición de Santiago: la colección de documentos justificativos del voto, y la religiosa observancia del voto general de España, en que interpolaron con refinada malicia los tratados de Mauregato y Abderramen, la batalla, aparición y voto. Fraguaron asimismo dos cédulas de Carlos I, expedidas en Barcelona á 13 y 14 de junio de 1529 (cuando cabalmente se hallaba fuera de España) para que los pueblos de Granada pagasen el voto sin ser oídas sus reclamaciones. Forjaron privilegios concedidos á la iglesia de Santiago: una copia del voto atribuida á un capellan del obispo de Oviedo en 1170: una bula de Pascual II aprobándolo y señalando las tierras contribuyentes, con otra porcion de instrumentos, sellos y anillos, cuya falsedad se demostró en el acto de la confrontacion.

Descubierta por todas partes la impostura, y convencidos los falsarios, confesó Florez que junto con el P. Echeverría, se habia encargado de escribir á favor del voto de Santiago, y no hallando razones, inventaron un papel arábigo que hablabase del feudo, batalla y aparición del apostol: que lo entendió el P. Echeverría, y luego fundó en él la religiosa observancia del voto: y que las cédulas de Carlos I eran suplantadas, como lo demas documentos que habia contrahecho en el curso de veinte años.

El P. Echeverría confiesa francamente su cooperacion á este cúmulo de falsedades, diciendo que fue solicitado por D. Manuel Rodriguez, dependiente del canónigo de Santiago, pidiéndole á nombre de este señor que se asociase á Florez: que así lo hizo porque se le persuadió la llana ejecucion de todo, añadiendo: que lo que le satisfizo la iglesia fue bastante.

Ratificados estos solemnes impostores á la presencia de sus criminales artificios, manifestó Florez que la crónica del moro Echerif, la carta de Benzaid y su version, eran obras del P. Echeverría, copiadas por el escribiente Patiño. Que la representación atribuida al racionero Tamarid (, que floreció en el siglo XVI) aparecida en el palacio arzobispal, fue preparada y metida en aquel lugar por el declarante. Que nunca existió Gonsalvo y cuanto se dijo con referencia á su crónica sobre el feudo, batalla, aparición y voto, era tan falso, como la historia de los reyes, en que se repite lo mismo: como la copia del privilegio atribuida al capellan de Oviedo, y como la de la bula de Pascual II, hecha por Patiño. Reconoció los 27 legajos de papel oscuro, sellos y letras de diferentes tiempos y tamaños, preparadas para las obras que se hacían por los derechos de la santa iglesia de Santiago, las láminas y demas trabajado por los artistas Navas, Ribera y Fernáudez.

El P. Echeverría se ratifica en la confesion especifica de sus escesos, y pide se le indulte y termine la causa. Vista

el 6 de marzo de 1777, se declararon los documentos contrahechos, suplantados y dispuestos para dar fuerza y recomendacion al privilegio del voto de Santiago: y los autores de aquel cúmulo de falsificaciones, los reos principales Florez y Echeverría sufrieron la pena de residir en sus propias iglesias con la obligacion de presentarse á sus prelados una vez al mes, y visitar cada semana alguno de los hospitales.

Tal fue la audacia y los medios adoptados para erigir, propagar y sostener ese padron de ignominia, fruto de la ignorancia, de la superstición, de la codicia y de la impunidad reunidas en un punto. Pero todo su artificio no ha servido sino para demostrar que nunca hubo justo título ni derecho para echar sobre los miserables pueblos el peso de esa contribucion odiosa por todos sus aspectos; y que hay verdades de tal naturaleza que no necesitan mas que presentarse para triunfar. Esta es una de ellas. Presentada en el consejo pleno de Castilla produjo la resolucio de 1628. Puesta á la vista de las Cortes de Cádiz, recibió el dia 14 de octubre de 1812 el homenaje digno de la ilustracion de aquel congreso memorable; é introducida en el Estamento de los Procuradores acaba de presentar la fuerza irresistible de su poder.

No es de estrañar que el P. Mariana la impugnase tratando de temerarios á los que la sostenían, cuando tambien sentó en su celebre historia de España, que fue una ordenacion santísima el haber mandado don Bermudo el gotoso que los cánones de los romanos pontífices tuviesen vigor y fuerza en los juicios y pleitos seculares. Cuando graduó de grande resolucio y muestra de piedad el haber hecho don Ramiro I al reino de Aragon tributario de la santa Sede. Cuando despues de haber manifestado que la autoridad de criar y elegir obispos en todo el reino, pertenecia al rey por antigua costumbre; dijo mas adelante, que los reyes de España pretendian fundar el derecho de nombrarlos en la vehemencia de sus voluntades, y que por costumbre y uso antiguo del reino correspondia al Papa. Y dejó tambien entre las flores de su apreciable historia la espina de que los bienes eclesiásticos no pueden tocarse sino por la autoridad del Papa, añadiendo que los príncipes que siguen las pisadas del rey don Sancho, disponiendo de ellos, deben temer el desastroso fin de este monarca. Pero todo esto no prueba mas que su conformidad con la marcha de aquel siglo, y con la tendencia de su instituto. Ademas, estas materias no se deciden por la autoridad de los historiadores, sino por la inspeccion de los documentos, por el valor de los títulos y por su relacion con el bien comun. En él estaba relevar á todos los pueblos de gravámenes injustos, y así lo hicieron las Cortes de Cádiz, sin pensar que saliera de Valencia en 1814, la segur arrasadora que marchitó sus glorias, sepultándolos en la menos merecida degradacion. Seis años de represion y de ignominia produjeron el cambio de 1820, y no bien se descubrió el semblante de las reformas, cuando pasó como un relámpago la esperanza de aclimatarlas. Reunidos, concentrados sus enemigos, y haciendo causa comun con la Santa Alianza, desquiciaron los cimientos de nuestra prosperidad, incompatible con los goces inveterados de su existencia. Triunfaron al fin, y arrollando en 1823 cuanto creyeron opuesto á sus intereses, ataron al carro de la funesta victoria el vilipendio y la miseria de su patria. Prueba es de ello el golpe que recibió el crédito público con el asalto que dieron á las mitras, canongías y beneficios eclesiásticos, sin esperar los dos años de las vacantes, cuyas rentas le estaban asignadas desde el ministerio de Garay. La devolucion de fincas enagenadas, sin reintegrar á los compradores el capital, ni el valor de las mejoras. El camino que se abrió para conducir á Roma el dinero de las dispensas y gracias pontificias. El encono y abominacion con que se miró esa parte benemérita y siempre recomendable del clero que no entró en el proyecto de la coalicion. Esa desolacion en que se vieron las hijas y las esposas de los militares que habian hecho eminentes servicios á la patria. Esa perfidia... pero echemos un velo al tropel de nuestros sufrimientos, sin perder de vista que la contribucion del voto de Santiago, fue uno de los despojos que les proporcionó el héroe del Trocadero, siendo este el único título que pueden mostrar para poseerle. ¿Y se habla todavía de la satisfaccion de créditos atrasados, y de la fuerza retroactiva de las leyes? No hubo ni hay título para demandar con justicia. No hay posesion legal sin documento que la autorice: no hay derecho de prescripcion contra las propiedades de los pueblos, y si lo hay para pedir la restitucion de lo mal adquirido.

CORTES GENERALES.

ESTAMENTO DE SEÑORES PROCURADORES.

CONCLUYE LA SESION DEL DIA 6.

Presidencia del señor conde de Almodovar.

El Sr. conde de las Navas.—Me habia propuesto no tomar parte en la discusion de este artículo, porque la juzgaba ya ilustrada suficientemente, cuando se trató de los otros, por la correlacion que tienen entre sí. Sentamos por base que el Estamento está completamente conforme en la adopcion de estos principios generales, lo que no es necesario trabajar mucho para probarlo. Cando discutimos la respuesta al discurso del trono, se indicaron en él como necesidades de la nacion estos derechos políticos, y una inmensa mayoría del Estamento confirmó con su voto esta necesidad,

dividiéndose entonces únicamente como ahora, acerca de la oportunidad de aplicacion: otra prueba es que en la discusion de la totalidad de la petición, la mayoría la adoptó igualmente, lo que no hubiera podido hacer desechando estos principios. Es escusado por consiguiente que yo moleste la atencion del Estamento para demostrar la evidencia de dichos principios: me contraeré por tanto, solo á la cuestion de la oportunidad. ¿La aplicacion del principio es oportuna? Esas circunstancias que se presentan por los señores que votan en contra, son las mismas que han de servir de apoyo á la argumentacion. En circunstancias críticas y graves se necesitan grandes remedios. Nosotros precisamos de la cooperacion de toda la nacion española para destruir una faccion despreciable hasta cierto punto, y estableciendo principios luminosos que aseguren la libertad, y garanticen á los ciudadanos españoles de los ataques del poder, reanimaremos el espíritu público, y formaremos esa falange formidable que nadie puede resistir; la falange, digo, de la conformidad de opiniones. Ese miserable partido no ha necesitado de la concesion de derechos políticos para arriar al punto á donde ha llegado; punto no de grande estension á la verdad, pues se le ha visto con cuanto trabajo ha podido reunir esas fuerzas en las provincias del Norte, que con poca diferencia son casi las mismas con que empezaron; y solo podria fortalecerse no estableciendo nosotros la seguridad de los principios políticos que abraza la petición. Se dice que no es oportuno el momento, porque nuestros enemigos á la sombra de la ley podrán hacernos guerra mas atroz. Pero hay en esto equivocacion: si ellos no nos causan peor daño, solo se debe á su impotencia. Ya se ha establecido el principio de que todos los amantes de Isabel y de las libertades patrias, reconocerán en el gobierno, auxiliado por el Estamento, la única bandera á que deben acogerse: que ellos dos, la una la del príncipe don Carlos que representa ese principio de obscurantismo y de miseria, como muy bien dijo el señor secretario de Estado; y la otra la de la inmortal Isabel II, dirigida por su Augusta Madre, que representa el partido de las luces y el de la ilustracion. De consiguiente, yo creo que nunca es mas oportuno para reanimar el espíritu público y reunir á los españoles, el consagrar estos principios, formando con ellos un baluarte de su libertad é independencia, un baluarte de su seguridad individual, pues no la hay: no nos hagamos ilusion. Entremos á examinar cuáles son las causas que existen para que así se sostenga y permanezca por tanto tiempo el pretendiente y sus secuaces. Se nos dijo ayer por el señor ministro de Hacienda que el pretendiente no cuenta, por lo menos ostensiblemente, con auxilio extranjero. Es preciso, pues, que haya otras causas que le sostengan. Las hay: por desgracia todos las conocemos, y si no las quisiésemos conocer, nuestros comitentes harian que de ellas no nos olvidásemos. La causa principal es, como me dijo hace algunos dias un amigo mio que se sienta en estos escafos, querer hacer marchar la carroza brillante y triunfal de Isabel II sobre las ruedas carcomidas del carro de D. Carlos. Hay una porcion de categorías entre los conspiradores: los hay seducidos, que toman las armas que caudillos infames ponen en sus manos, para conducirlos á su perdicion y á la ruina de su patria. Estos hombres no son, no, los verdaderos criminales; criminales son aquellos que les entregan el puñal paricida. ¿Y quiénes son los que esto ejecutan? las ruedas carcomidas. Y ello, no hay remedio; no hay máquina alguna que pueda marchar bien con ruedas viejas. Mas ¿qué está sucediendo aun? Esas ruedas se mueven: existen los mismos empleados que Calomarde, primer conspirador de ese partido, dejó colocados cuando miserable huyó cubierto de oprobio. Esos son las ruedas carcomidas: esos, los que ponen el puñal homicida en mano de los seducidos. No quiero tocar otra categoría por respeto á la clase á que debería referirme, y en la que, si hay respetables varones que la honran, los hay tambien que deshonoran hasta la especie humana á que pertenecen. Otra causa hay ademas no menos fuerte: la impunidad. No la impunidad para la gente armada que se coge en el campo de batalla, y es fusilada á las dos horas; no, esas son víctimas ciertas. Hay impunidad hacia esos conspiradores con diploma, con patente autorizada.—Casos hay por desgracia, que podrian citarse en esta tribuna. Apelo al testimonio de mis compañeros, y á las providencias tomadas por el digno general don Gerónimo Valdés en las últimas conspiraciones descubiertas en la provincia de su mando. ¿Y se ha visto castigar á alguno de estos hombres? ¿No han estado conspirando á mansalva, prevaleciendo de la patria que hallaban en el gobierno? Se ha hablado aqui mucho de los abusos populares, de los abusos, digo, cometidos por los pueblos; ¿y por qué no nos ha de ser á nosotros permitido el mencionar los abusos del poder? Pues que si los abusos de los pueblos son dañosos, ¿los del poder no lo son mucho y muchísimo? Séame lícito.....

El Sr. presidente.—Yo desearia que el señor preopinante tuviese la bondad de concretarse á la doctrina del artículo, sin hacer demasiada estensas sus digresiones.

El Sr. conde de las Navas.—Tiene V. S. razon; pero precisamente en esas digresiones es en las que me fundo para probar lo que me propongo, que es la oportunidad de hacer la declaracion de estos derechos. Continuaré si estoy en el órden.

Decia que me fuese lícito hacer mi profesion de fé política. Con el mismo valor que me verá la nacion española perecer, si es necesario, combatiendo la tiranía, con ese mismo combatiré la anarquía si el pueblo rompe la justa coyunda de la ley. Me hallaba en el punto de mi discurso

si mal no me acuerdo, en que manifestaba que así como se nos presenta á cada momento, y en la discusión de cada uno de los artículos, los abusos del pueblo, justo sería también presentar los abusos del poder, que harán ver cuan necesario es en estas circunstancias establecer como ley fundamental el derecho que tienen todos los españoles para poder juzgarse seguros en sus casas, cuando su conciencia les dice que no han cometido un crimen, que no han atacado el trono de S. M. ni las bases de su Estatuto. Por desgracia tengo algunas cosas que citar, que harán sangrar demasiado mi corazón. En el 24 de julio, día memorable y grande en los fastos de la nación española, que ni el tiempo conseguirá borrar de su memoria, día en que se abrió el santuario de las leyes cerrado por el despotismo mas atroz, en ese día grande, en ese día magnífico, una impía mano atacó y condujo multitud de ciudadanos á la cárcel. Una de esas víctimas, persona que no conozco, pero cuyas virtudes militares y cívicas merecen ocupar un puesto elevado en la nación española, no dije bien, en Europa, en el mundo entero, ese célebre caudillo que inmortalizó Zaragoza, y cuyo nombre no se puede separar de la gloria de la nación que defendió tan brillantemente, ese célebre caudillo elevado ya á la alta dignidad del procerato (puesto que si le faltó la circunstancia del juramento, en las sesiones preparatorias quedó reconocido) fue á las tres de la mañana arrestado: y hombre tan ilustre fue conducido de cárcel en cárcel. — (El tono que empleó después de decir estas palabras el orador impidió que bien se le oyese; pero se conocía que trazaba un cuadro patético de las virtudes y sufrimientos de la persona á quien se refería, pues se notó que algunos de los espectadores se enjugaban las lágrimas. Después se le oyó que continuaba diciendo). Yo respeto las duras circunstancias que pudieron poner al gobierno en esa precisión; pero no es menos verdad que en el modo de hacer las cosas existe también arbitrariedad. Para estos casos se exige y se quiere la seguridad de los españoles. No seré yo quien se niegue, cuando el bien de la patria lo exija, y por tiempo marcado, y según las circunstancias, á que se suspenda el ejercicio de ese derecho; pero yo creo y repito que para evitar los casos que puedan suceder á este semejantes, como por ejemplo otro de un regidor de Ciudad-Rodrigo, llamado Blanco, á quien se le hizo salir en dos horas de aquella ciudad, y que merecía la confianza de sus conciudadanos pues que era regidor, y pues que era elector; para evitar esto, digo, creo yo necesaria la declaración del derecho de que tratamos. Señores, no es esta cuestión de poca importancia: yo mismo, investido como estoy del carácter de Procurador, puedo también mañana ser del mismo modo atropellado! ¿Estaré libre de que la perfidia sienta sobre mí su ennegrecida espada, que se me arranque de mi casa; y se me prive de mi voto en este augusto recinto? No lo estaré; no. Es necesario que se fijen estas bases, pues ellas nos han de dar la seguridad. Por todas estas consideraciones, y por otras muchas que me abstengo de decir, no solo por no cansar al Estamento, sino para terminar la impaciencia de otros señores que desearán tomar parte en la discusión, no puedo menos de aprobar el artículo de que se trata.

El Sr. Martínez de la Rosa.—Había reservado tomar la palabra para cuando ya fuera vencida la discusión, no pareciera que tenía ansiedad de entrar en ella. Por lo demás, claro es que el ministerio no podía guardar silencio en esta materia, pues encargado de defender las leyes y la misma libertad á que se apela, no pudiera considerar el mas remoto peligro de aquellas ó de esta, sin que llamase su atención. Los varios señores Procuradores que han sostenido el artículo han reducido sus argumentos, uno á aprobar el principio considerado en general, otro su aplicación, y el último señor orador que acaba de bajar de la tribuna ha llevado el anhelo de defender su doctrina hasta el punto mas difícil: se ha situado en el peor terreno, que es probar su oportunidad. Consideraré primero el artículo como principio, que fue como le defendió el señor secretario Gonzalez. El artículo dice así (le leyó). Como principio, en general, es inexacto, porque la palabra perseguido no corresponde á la idea: perseguido, nadie puede ser en un país donde hay leyes; lo mas que puede decirse es, perseguido en juicio. Digo que no es exacto en sus ideas ni en su redacción, porque antepone la palabra preso á la de arrestado, en lo que hay notable diferencia, y diferencia de que se hizo mérito muy detenidamente en la Constitución del año 12. Un principio es tanto mas ó menos verdadero, cuanto mas ó menos coincide con las ideas que en él se encierran. (Tornó á leer el artículo). ¿Este principio es exacto? Si la ley da tal latitud que el poder ejecutivo, en su caso y preventivamente, pueda arrestar á un individuo, entonces no hay disputa; pero es lo que mas ó menos existe en todas las legislaciones; mas si se entiende en su principio rigoroso que solo pueda ejecutarlo el poder judicial, entonces digo con franqueza que se pone en riesgo el orden público, y se asegura la impunidad. Ningun principio mas común y repetido como axioma, el de que la división de poderes afianza la libertad, así como que su reunión trae el despotismo; pero también es cierto que esto mismo considerado en su rigor estricto es un disolvente de la sociedad: también es cierto que sin los correctivos necesarios, sin la unión y ligazón indispensable se desencuaderna y desquicia la máquina del estado; y puede dar margen á la reconvenencia hecha á algunas constituciones, de las cuales se ha dicho que en ellas se ponían los poderes del estado no como caballos para tirar de un carro, sino como para descuartizar un reo. No se dice que haya código en el mundo en que se aplaude el desprecio de estos principios, pero hay ciertos casos en que una ó otra autoridad tiene que proceder al arresto de una persona sin atender á esas formalidades. En la constitución francesa de 1791 se sientan ya estos principios, si bien que al paso que allí se establece que nadie pueda ser preso sin las formalidades á que aludo, se puso como correlativo del derecho el deber de acudir al primer llamamiento de la autoridad. Ha dicho el señor secretario Gonzalez que estas garantías están consignadas en nuestras antiguas leyes: es dudoso. Hay peticiones á la verdad de varias

Cortes, en que está sentado este principio; pero seguramente la época de la historia que ha citado dicho señor, no es la mas á propósito para probar que en tiempo de revueltas deba concederse este derecho; pues ciertamente su ilustración no irá á buscar ejemplos para acreditar su aserción, cuando estaba hollada la libertad en Castilla, y tanto que desde el tiempo de don Pedro el Cruel hasta los reyes Católicos, en toda esa época corpulenta de nuestra historia fueron tan positivas las persecuciones contra la libertad individual, y esta se hallaba tan mal garantida, que los mismos pueblos, por instinto de conservación, formaron esas comunidades de Castilla, cuyo objeto no era mas que compensar el defecto de las leyes, pues vemos después que tan mal respetada estaba la propiedad y la seguridad, que los mismos reyes Católicos tuvieron que establecer la Santa Hermandad, como medio supletorio de las mismas leyes. No es, pues, exacto el principio de que porque haya alguna petición de nuestras antiguas Cortes en que se haga mención de ese derecho, se hallase el derecho en tal época establecido. Tampoco me parece muy oportuna la citación del decreto de 1814. — Recuerdo también que es raro que tratándose de ejemplos, no se citen los que tenemos mas á la mano sin tener que acudir á la historia antigua. — El señor Lopez del Baño ha propuesto como reforma de este artículo una redacción que si mi memoria no me engaña, se reduce á lo que respecto del mismo asunto se consignaba en la Constitución de Cadiz. Si esto es así ¿á qué buscar la historia de don Pedro el Cruel y de Enrique de Trastámara cuando podemos acudir á lo que aconteció en esa época reciente? El artículo de la Constitución del año 12, dice, si mi memoria no me es infiel: "nadie podrá ser arrestado ni preso sin que preceda una sumaria información del hecho, por la cual merezca el arrestado ó detenido pena corporal." Y en otro artículo ponía la restricción (sino me engaño era en otro artículo) que ha indicado el señor Lopez del Baño. ¿Qué aconteció? que tal fue el sentido que se dió el primero, y tales los males que se originaron de su aplicación, que se buscó por mil maneras el medio de eludir la dificultad y no dudo decirlo, fue una de las causas que contribuyeron á desacreditar aquel código. ¡Tristes las naciones á quienes de nada sirve la experiencia!

Mil causas dolorosas, que no es de este sitio el recordar ni explicar, han hecho que en España haya habido siempre ladrones y foragidos, abandonada clase de la sociedad que suele abundar mas después de las revueltas políticas y que debió abundar necesariamente en la guerra de la independencia, como sucedió entre nosotros después de la guerra de sucesión, y como aconteció en Francia y en Nápoles (en la Calabria) después de su revolución, pues á pesar de que siempre habia existido este mal entre nosotros (no porque tal sea el instinto ni carácter de la nación, sino, ademas de la causa dicha, por otras mil que sería prolijo enumerar aquí), y como la seguridad de las personas y de sus propiedades es la primera necesidad de los pueblos, á quienes importa mas la seguridad de sus casas y campos que la propagación de principios que no entienden, llegaron á persuadirse que ese mal se debía á la impunidad que aseguraba el artículo; porque no faltó quien de intento les sugiriese tal idea. Las Cortes, pues, que habian proclamado tal principio con la mejor intencion, se hallaron en la misma situación en que la asamblea constituyente de Francia por haber sentado un principio igual. La historia de esas Cortes, que estuvieron continuamente viendo el modo de poder modificar la expresión de un derecho á que tan mala inteligencia se daba, muestra el peligro de no calcular bien todos los resultados que puede tener la declaración de principios inexactos. En cuanto á lo que ha propuesto el señor Lopez del Baño, es todavía menos admisible, porque es ya un principio probado que ni dejaria la evasiva de haberse espuesto á la inesperienza escitados por un buen deseo. Si, pues, de nada sirviesen los dos desgraciados ensayos que ya hemos hecho en la materia, hubiéramos aprendido poco. Recordaré á propósito que cabalmente en esas épocas se notó un principio de flaqueza en el poder judicial, y citaré dos causas famosísimas en que corrió sangre española sin que ninguna de las dos llegase á terminarse. Esto probará con cuánto tiento no debe ir los legisladores para debilitar la fuerza del poder en vez de aumentarle, y mas cuando se le argumenta hasta de favorecer la impunidad; argumento de que hablaré. El señor conde de las Navas ha querido seguramente sostener una paradoja brillante diciendo que cabalmente para dar esta latitud á la libertad en España es la mejor circunstancia la que se parece á aquellas en que todas las naciones han reconocido deber suspender esta garantía; por manera que las mismas circunstancias extraordinarias que han dado motivo en otras partes, y hasta en las repúblicas mas libres de la antigüedad para coartar la latitud de este derecho, esas mismas son aquellas que el señor conde juzga oportunas para ampliarle: pues si no estamos en esas circunstancias, yo quiero que se me diga en qué ocasión juzgáremos hallarnos en ellas. Nos vemos cercados de los trastornos que acarrea un cambio político por muy bueno que sea este y aun que sea para mejorar: tenemos choque de opiniones, tenemos una guerra civil, división de partidos, y estamos justamente en circunstancias de hacer lo contrario que han hecho otras naciones en caso semejante. El señor conde de las Navas ha dicho en seguida que el no haber terminado la guerra civil consistía en haber fautores hasta con diploma; mas es necesario mirarlo esto con atención. La carroza brillante de Isabel II, (por servirme de la misma alegoría del señor conde), no camina con ruedas podridas, pero no quiere despeñarse ni atropellar: quiere ir por el camino recto: quiere dirigirse á un fin: no quiere esponerse á ser destrozada entre peñascos y precipicios: este es el camino que sigue la carroza brillante de Isabel II. Después el señor conde de las Navas, aunque con términos urbanos, ha hecho una especie de acusación al ministerio, y éste, que lejos de huir de las esplicaciones, no teme el darlas, no rehusará entrar en los esclarecimientos necesarios. Dijo bien el señor presidente que era desviarse algo de la cuestión, mas pues se ha permitido el ataque, justo será permitir la defensa. ¡Impunidad! Se ha dicho que ha habido impunidad, que la hay, y que no prueba lo contrario los escarmientos hechos en el campo de batalla. Bien sabido es que el gobierno dió un decreto aplicando pena de muerte á los cabezas de las facciones y condenando á los demas individuos de ellas á la deportación. Ni el gobierno podía hacer otra cosa, ni las luces del siglo se lo hubieran permitido. Un gobierno que tiene que regirse por otras leyes que las de las pasiones particulares, un gobierno que hace parte de esa gran familia europea y que tiene que amoldarse á lo que de él exigen el decoro, la política

y las circunstancias, no puede usar de esas bárbaras represalias. El gobierno ha sido severo, no ha favorecido la impunidad: esto no basta decirlo; invoco la buena fe de cuantos me escuchan; dígolo francamente á la faz de la nación: declare el que sepa que el gobierno haya entorpecido algun acto de justicia. Por el contrario, de noche y de día, ha impulsado á los tribunales: y si acaso ha incurrido en alguna responsabilidad, es por haber escitado en demasía á ese poder, que por su esencia debe obrar con independencia y libertad. Por lo que toca á cierta causa célebre, diré solo una palabra. Yo respeto ese anciano venerable; respeto sus padecimientos, lamento su amarga suerte que le ha conducido cuatro ó cinco veces á las puertas de la muerte; pero respeto también el poder judicial y respeto sus misterios. Mas cuando se dirigen inculpaciones al gobierno, debo decir claramente que el gobierno compadece las amarguras y penalidades donde quiera que se hallen; mas no puede compadecer á los conspiradores. No por esto se quiera hacer recaer sobre él la animadversión y la indignación: los ministros son ejecutores de las leyes, no son verdugos... El señor conde de las Navas, citando después á un general digno de todo respeto por sus virtudes, por su saber, por su bizarría; citando, digo, á don Gerónimo Valdés que obtiene tantos y tan merecidos créditos, ha celebrado las medidas adoptadas por dicho general en Valencia: pero yo, en el lugar del señor conde, hubiera omitido por delicadeza este argumento que justamente es contrario á aquello para que queria hacerle servir: porque encomiar y recomendar la doctrina del artículo, y alabar al mismo tiempo las medidas adoptadas por aquel general, no sé como haya podido conciliarlo. Pero yo lo concilio: conciliase atendiendo á la necesidad de las circunstancias.

Será una necesidad amarga, dura, el atropellar las leyes; pero es necesidad que en ocasiones domina al gobierno, que domina á las Cortes, porque cuando existe no tiene ley. Sin embargo, es el argumento peor que pudo elegir el señor conde para probar la oportunidad y el ningun peligro de hacer la declaración del derecho de que tratamos, el decir que un general el mas íntegro, el mas celoso, el mas amigo de la libertad, se ha visto en el conflicto en la provincia de su mando de no poder probar un delito, mas de tener que acudir á una medida enérgica, dura, viendo que peligraba la seguridad de la patria. Volviendo á la inculpación de impunidad que se hace al gobierno, digo que es tanto mas injusta, cuanto que puede presentar en contra de ella un dato reciente. Los que componen el ministerio, por principios, por sentimientos, por tristísimos recuerdos, ni aun ni pueden amar las comisiones militares: mas diré: á mi me ofende solo el nombre de ellas, porque en nada existe mas arbitrio, nada desquicia mas el edificio de las leyes, y nadie que tenga sentimientos de dignidad puede sostenerlas. (Bien se entiende que no hablo de los consejos de guerra, propiamente dichos; sino de los consejos militares aplicados á causas políticas solamente.)

El gobierno, digo, guiado de sus principios y de su convicción, suprimió estas comisiones militares. Mas ¿qué ha sucedido? (Y á esto quiero que me respondan los señores que sostienen el artículo.) Que los que mas claman por los principios de la libertad, los mas comprometidos por la justa causa de la Reina nuestra Señora, son los que han levantado el grito contra esta supresión de las comisiones militares. Por manera que el mismo gobierno se ha visto en la durísima necesidad de adoptar la medida de que cuando un capitán general crea que peligra la tranquilidad pública, y que solo puede restablecerla con el nombramiento de comisiones militares, tenga facultades para nombrarlas. Este es un mal, y mal gravísimo; pero ¿es del gobierno? no: es de las circunstancias que á eso obligan. El señor conde de las Navas ha tratado también de un caso muy reciente y grave, de que aquí no debiera hablarse, ya porque no es el sitio á propósito, ya porque depende del poder judicial. No es esto rehusar entrar en la cuestión, pero he debido hacer en beneficio de la misma libertad la observación que antecede. Me refiero á la citación hecha del día 24 de julio, en que la impía mano (por valarme de la misma frase del señor conde de las Navas) se vió precisada á arrestar á algunos individuos. Hacía algunos días que el gobierno tenia noticias de que se tramaba una conspiración: se recibían partes, (pues no hay gobierno alguno que no deba cuidar de la tranquilidad del Estado); y tan odioso pareció al gobierno, que en ese día tan brillante, en ese día tan memorable, en ese día en que una Reina benéfica venía á una capital apostada para restablecer las leyes que habian hecho la ventura de la nación española, y que tornarian probablemente á producir su felicidad; le parecia, digo, tan criminal, tan odioso, al gobierno ese proyecto para semejante día, que dudó de que fuese cierto. (Yo fui el primero que lo dudé.) Mas viendo los acontecimientos del día 17 (y el 17, nótese que estaba bien cerca del 24), llegó á sospechar el gobierno que aquellos desórdenes eran una máscara que encubría proyectos de distinta naturaleza, que aquellos asesinatos eran un ensayo para escenas mas terribles; y que se encubrían miras políticas con las públicas apariencias que los escitaron. Día vendrá en que aparecerán en el santuario de la justicia hechos que muestren si esta opinión era aventurada ó no. No se persuadió todavía el gobierno, sin embargo de que se trataba realmente de dar algun paso osado: mas á medida que se aproximaba la venida de S. M., que llegaba el momento de la reunión de las Cortes, que no faltaban sino horas, horas solamente, recibe nuevos partes: se le dice que hay datos ciertos; que en tal parte se encontraran los planes, en tal las proclamas, allí las correspondencias con las provincias, allá los agentes principales de la conspiración. El gobierno habla á la faz de la nación: es menester que la nación lo sepa: socolor de libertad, se la está minando, y valiéndose de las apariencias de libertad, se está comprometiendo el fruto de los desvelos, de la beneficencia, y del amor de la Reina Gobernadora. Esas sociedades secretas que empiezan por despojar á la autoridad y á las mismas Cortes de su fuerza moral porque quieren sustituir á la verdadera libertad sus ideas de desorden, estaban apercebidas para dar un día de llanto y de escándalo á la nación ¿Qué debía hacer el gobierno en ocasión semejante? ¿Debia cerrar los ojos? ¿Debia irse, con otros maquiavelismo haber azechado el momento para haber escarmentado durante á los trastornadores en el acto de su aparición? Juzgó que su deber era mejor prevenir el delito, que dar semejante escándalo á la nación. Hubiera sido un borrón para la nación española, y para la causa pública que defendemos, si en ese momento hubiera habido, no digo una revolución, un motin, una asonada, sino un solo grito sedi-

cioso, un instante de agitacion. Se hallaron las correspondencias, se hallaron las proclamas, se vió el nuevo plan de gobierno, las nuevas máximas que habian de sostenerse: el gobierno vió todos los documentos. Dice el señor conde de las Navas que se ejecutaron las prisiones á las tres ó á las cuatro de la madrugada: eso mismo prueba que el gobierno, dudoso todavía, rehusó tomar tales medidas hasta el momento mismo en que no pudo evitarlo, hasta las últimas horas en que no pudo dejar de seguir semejante camino, aunque no fuese por otra cosa, por su deber y por la grande responsabilidad que sobre él pesaba. Yo quisiera preguntar al señor conde de las Navas, qué hubiera él hecho en su ilustracion si se hubiese hallado en conflicto semejante? Hubiera preferido mejor que adoptar medidas preventivas, el exponer á su pérdida la nacion? Habia verdaderamente en las listas y en las correspondencias nombres respetables: pero no era el gobierno quien los habia puesto en ellas. Será calumnioso, será falso, eso los tribunales lo decidirán. El gobierno cumplió con su deber entregando las personas implicadas á la potestad judicial, á ella le toca el decidir. Los que aun permanecen presos, podrán ser inocentes, pero claro es que todavía no han sido así declarados. Ha citado el señor conde de las Navas otra persona ilustre. Es cosa para mí penosísima que aparezca entre las personas comprometidas; pero ¿puede acusarse de esto al ministerio? Si se tratase aquí de una cuestion personal, podria manifestarse si hubo persona que mejor celebrase su nobleza, su honradez y sus eminentes servicios. El gobierno estaba tan lejos de malquerer á esa persona, que le habia nombrado Prócer: se le quiso poner título de Castilla, y pareciéndole corto galardón; se le nombró duque, se le elevó al último colmo de la grandezza, estaba tan lejos de quererle mal, que le dió todas esas muestras de su aprecio: pero por los mismos principios de igualdad no podia el gobierno hacer escepciones. En cuanto á la cuestion de si era ó no Prócer, eso su Estamento lo decidirá. El gobierno no reconocerá jamás como á Prócer ni Procurador, al que no haya prestado juramento. En cuanto á la cuestion principal, yo no reclamo aquí la voz de la arbitrariedad, pero si reclamo en favor de la misma libertad y del Estatuto, que no se debiliten las leyes que son el verdadero sosten de ambas cosas.

El Sr. conde de las Navas y el señor secretario Gonzales deshicieron algunas equivocaciones que dijeron haber padecido el señor ministro de Estado.

El Sr. Lopez.—Protesto ante todo que me es penoso y sensible que la cuestion haya salido de su esfera tomando una marcha que no es la que en realidad le correspondia: pero ya en el caso de examinarla en los términos á que la han traído las últimas contestaciones, no puedo faltar á mis sentimientos ni remitirme al silencio en objetos que exigen contestaciones terminantes y claras. La comision del código criminal, á que tengo el honor de pertenecer, manifestó al tiempo de informar las peticiones de que hoy nos ocupamos, que no encontraba dificultad en que se discutiesen en público, porque á escepcion de lo de la Milicia Urbana y de la libertad de imprenta, todos los demás principios estaban consignados con mas ó menos extension en nuestros códigos antiguos. Para convencerse de esta verdad y conocer que no es el espíritu de innovacion ó de alteracion que tal vez pudiera calificarse indiscretamente de peligrosa, el que nos anima, basta abrir el código de las partidas: ese libro maestro de que tomaron las primeras máximas de justicia y de moral los pueblos antiguos, y en cuya fuente bebieron las legislaciones de otras naciones cultas. Pero ¿hasta acaso que nuestras leyes de partida consiguen en varias disposiciones el principio de seguridad individual, y es esta suficiente garantía al presente para el ciudadano español? ¿Podrá ser de riesgo en el día la adopcion de la proclamacion de este principio tan luminoso como justo? Esta es verdaderamente la cuestion y el círculo de ideas de que no debemos salir al ocuparnos de su examen.

Las leyes secundarias carecen, como he indicado otras veces, del carácter de inamovilidad que, por decirlo así, distinguen á las fundamentales, y he aquí la razon por que las del Rey don Alonso han cedido su lugar al tiempo y al olvido. Despues de haber sido el código que llenó de admiracion y asombró á la Europa entera, han venido á pagar su tributo á los años, y acaso á la inconsideracion, siendo condenadas al último lugar de nuestra jurisprudencia por la primera de Toro, inserta en la Nueva Recopilacion. Inútil es, pues, que se me quiera alegar en contrario el famoso auto acordado que establece se juzgue con arreglo á los cánones legales, aunque se diga no estar en uso: pues el uso que se ha reservado á esta parte de nuestra legislacion, ocupa el último lugar en la cadena de nuestros códigos. Entretanto, la seguridad individual es uno de los derechos mas santos y mas interesantes; y si el fin de todas las sociedades es por una máxima comun de política la felicidad de los asociados, no entiendo como el hombre, por mas alagado que se halle de la fortuna y el poder, pueda creerse dichoso cuando todo debe recelarlo de la mano de ese poder mismo; temiendo encontrar en la arbitrariedad de los magistrados un tropiezo á sus designios, y acaso un escollo á su virtud. Se ha atacado el principio por todos los señores que me han precedido, de no ser oportuno: mas para desvanecer este argumento, bastará decir que las modificaciones que se indican en la peticion previenen todo recelo, y la aseguran contra la contingencia de todo riesgo. Allí se dice que serán escepciones los casos previstos por la ley y en la forma que ella prescriba. Por consiguiente, es aventurar cuestiones querer anunciar en profecía hasta qué punto se extenderán esas leyes secundarias que deben modificar la aplicacion del principio que se anuncia. La peticion esta reducida á quitar á los jueces el poder de perseguir, prender, arrestar y desterrar arbitrariamente. Este es el punto de vista que le conviene y en que debe examinarse, y en el que me parece que no puede ofrecerse duda alguna cuando se entra en ese examen sin otra guía que la buena fé y el deseo del acierto. Suficiente se ha dicho ya por otros señores Procuradores en apoyo de la peticion, y así paso yo á contraerme á la contestacion que debe darse á las impugnaciones que acaban de hacerse. El Sr. Medrano nos ha dicho que juzga ocioso el artículo 3.º como embebido en la primera de las peticiones. No es exacta esta observacion, pues son cosas muy distintas la libertad civil y la seguridad personal. La una tiene mas extension; la otra, por decirlo así, es la libertad generalmente hablando; y la otra la libertad aplicada al individuo, por que pudiera suceder muy bien que el que se cree civilmente libre para hacer cuanto no se opusiese á la ley, fuese

despues envuelto por la arbitrariedad de un juez venal ó inconsiderado. La distincion, pues, que se establece en las peticiones es debida y acertada. Añade S. S. que debia hablarse de futuro en la peticion y no de presente: este argumento, tantas veces repetido, está ya contestado por mí cuando se trató del proyecto en su totalidad; y como no gusto repetirme, aborrazar dar ahora una solucion que entonces compruebo con la razon y con datos históricos. Paso, pues, á ocuparme del discurso del señor Martinez de la Rosa. Ha dicho que califica la peticion de inexacta por la palabra *perseguido*, porque ninguno puede serlo donde hay leyes. ¿Pero por ventura, preguntaré yo á S. S., lo es en efecto entre nosotros el ciudadano español á pesar de aquella salvedad? ¿qué importa que haya leyes en muchos casos si estan inusitadas ó solo caminan con una extraordinaria lentitud? Del deber al hecho hay una distancia grande, y el señor Martinez de la Rosa ha tenido que saltarla en un solo paso para formar este sofístico argumento. Ha añadido el señor secretario del despacho que no se guarda orden, porque se dice primero *preso* que *arrestado* en la peticion, cuando es precisamente un orden inverso en el que se procede en lo criminal. Permítame S. S. que le diga que esta observacion seria muy ajustada si siempre fuesen cosas correlativas la prision y el arresto; mas como se verifica muchas veces solamente este último, esa posibilidad repetida con frecuencia en nuestros métodos de ritualidad forense, ha sido el objeto de la redaccion, y basta á justificar la manera en que se ha desempeñado. Pero S. S. quiere decirnos que no se guarda el clima correspondiente en esta manera de anunciarse, yo le contestaré que en lo que él nota de defecto esta precisamente la dignidad y la fuerza de la dición, pues se procede con una gradacion inversa, significándose con toda claridad que no solo no puede ninguno ser preso, pero ni aun arrestado, ni aun separado de su domicilio, que son ciertamente cosas menos graves que la primera. Nos ha citado en seguida el señor Martinez de la Rosa una epoca en que rigieron la arbitrariedad y el despotismo en la corona de Castilla, pero si aun existiendo las leyes protectoras del hombre, pudieron olvidarse hasta ese punto, ¿no será esta por ventura una razon nueva y muy principal para que ahora se consiguen, no en la clase variable de los códigos secundarios, sino con el carácter inamovible de un principio fundamental? Muy justo debe ser este proyecto cuando vienen á favorecerle aun las mismas razones que por hombres de un mérito singular se alegan para destruirle. Ha dicho ademas S. S. que este mismo artículo, enunciado por la Constitucion de Cadix, causó muchos males. Yo interpele al mismo señor Martinez de la Rosa y me remito á los principios que ha manifestado en este lugar varias veces para contestar ahora á su objecion. El nos ha dicho que es siempre muy espuesto á error el querer hacer aplicacion de máximas generales á ocurrencias particulares y determinadas. Si en la epoca que se nos indica hubo males en la nacion, seria por la mala aplicacion del principio, por la disposicion de muchos jueces á favorecer á los partidarios de la reaccion, y por el espíritu tal vez de celo mal entendido con que abusarian en vez de usar de estos derechos. Se nos opone tambien por el señor secretario del despacho la mala interpretacion que se dió al artículo, creyendole causa de la impunidad. Pero señores, ¿nosotros estamos congregados en este sitio para respetar las preocupaciones populares, para resistir con las interpeleciones fúnebres é insidiosas, ó para reformar los abusos y garantizar los derechos que dan al ciudadano la justicia y la razon? Es muy notable la observacion que el señor Martinez de la Rosa nos ha hecho de que precisamente en las circunstancias en que queremos establecer esta garantía, seria sin duda en las que la suspendieron otras naciones. No estamos absolutamente encontrados en la tendencia de esta observacion, pues nadie ha pretendido hasta ahora que consignado el principio, no se suspenda si circunstancias turbulentas y azarosas lo reclamasen. La salud del Estado es la suprema de todas las leyes. Este debe ser siempre nuestro norte, y no podremos olvidar al anunciar los principios ó al suspender su aplicacion, que antes que el ciudadano y antes que todo es la patria. Ha dicho ademas S. S. que esta intimaconvencido de que las mismas Cortes de Cadix reclamarían ahora la suspension. El Estamento de Procuradores la pedirá igualmente si la contempla una medida saludable por el riesgo de las circunstancias: pero para pedir la escepcion es necesario haber fijado antes el principio á que se quiere aplicar. Se ha dicho tambien por el mismo señor que los gobiernos no son verdugos. Es verdad; pero son y deben ser protectores del orden y de la sociedad que les está encomendada; deben castigar con inflexibilidad cuando la justicia lo exige; deben tener en una mano el escudo con que amparen y defiendan al ciudadano honrado y pacífico, y en la otra la espada con que le venguen de los insultos de los que atacan su seguridad y bienestar. No creo deber contestar á las indicaciones del Sr. Martinez de la Rosa en punto á consejos militares, porque hay otro artículo en las peticiones relativo á los tribunales especiales, y cuando le llegue la vez, será el tiempo de ocuparnos de esta discusion. Sobre las prisiones del 24 de julio nos ha dicho el señor ministro de Estado que se ejecutaron porque el gobierno tenia datos seguros de que se trataba de una conspiracion. Convento desde luego en que así sea, pero entre anunciar una sedicion y marcar sus agentes y cómplices ¿no hay ninguna diferencia? Y por ventura ¿no hay hombres tan á cubierto por los testimonios irrefragables de una larga vida política, por las pruebas irrecusables que tienen dadas á la patria de su celo y de su civismo á quien debiera respetar hasta el genio maléfico de la sospecha? Los que han sufrido estas prisiones estan absueltos por el mismo resultado que ha tenido su causa: pues es bien cierto que si las personas contra quienes se procedió, hubieran sido actores ó cómplices de esa ridícula farsa, ó ya hubieran sufrido su castigo, ó estarían todavía agobiados bajo el peso de un procedimiento criminal. Se ha hecho alusion en seguida á los asesinatos del 17 de julio: pero á mi entender no se ha atinado con su verdadera causa. La mas probable es la impunidad; esa impunidad que llena de indignacion al que verdaderamente ama el bien de su país y la observancia de las leyes, y que por último hace muchas veces romper el dique y produce daños incalculables. ¿No se ha visto salir ya al patíbulo á uno de los que se creyeron reos, antes de cumplir el mes de la perpetracion del delito, cuando entretanto estan atestadas nuestras cárceles de conspiradores á quienes se ha aprehendido con las armas en la

mano ó con los planes de una conspiracion que debiera envolvernos entre las ruinas de la patria? Este paralelo, señores, es la verdad bien triste. Que la ley sea inflexible, pero que sea imparcial: que no conozca partidos, ni tenga contemplaciones de ningun género, y entonces se verá como los hombres sugen voluntariamente á su freno no tratan jamas de romperle, cómo los desórdenes de alteracion del orden público se previenen oportunamente. Quedan, pues, refutadas todas las objeciones que se han hecho al proyecto, y concluyo diciendo que mi opinion y mi voto estan á su favor.

Juzgose la materia suficientemente discutida.

Volvió el señor secretario Caballero á leer el artículo discutido.

El señor secretario Trueba leyó el artículo 30 del reglamento sobre el modo de votar de los Procuradores, que no se hubiesen hallado presentes á la discusion.

El señor secretario anterior verificó el número de los Procuradores presentes leyendo la lista total para procederse á votacion nominal que pidió el señor Chacon apoyado de otros señores.

Hecha dicha votacion resultó el artículo aprobado por 54 votos contra 48, y al tiempo de manifestar esta resolucio

señor Caballero, hubo aplauso en la tribuna del pueblo. Los señores Procuradores que votaron en favor del artículo fueron: Rodriguez Vera, Vicedo, Belda, Oca, Lopez (don Joaquin), Abargues, Chacon, Carrasco, Somoza, Gonzalez (don Antonio), Claros, Marin, Villanueva, Garcia Carrasco Atocha, Ulloa, Cuevas, Alcalá Zomoza, conde de las Navas Bermudez, Casu Manuel (hijo), Caballero, Belmonte, Toledo Pizarro, Heredia, Serrano (don Francisco), Mantilla, Blanco Diez Gonzalez, marques de Montevirgen, Miranda y Olmedilla Calderon de la Barca, Martel, Dominguez, Lasanta, Puga, Pestaña, Acebedo, Florez Estrada, Cáceres, Trueba, conde de Husp, de Pedro, conde de Almodovar (presidente), Ruiz de Carriou, Garcia de la Maza, Butron, Ortiz de Velasco, y Polo y Monge.

Los que votaron en contra fueron los señores Otaza, Rodriguez Paterna, Vitoria, Mena, Chavarri, Rivaherrera, Larriba, Domecq, Tosquella, Miguel Polo, Medrano, Montanero, Vazquez Moscoso, Zuñiga, Serrano (don Gines), Hubert, Martinez de la Rosa, Bonel, Gonzalez (don Gualberto), Santafe, Fleix, marques de Someruelos, Bucesta, Gargollo, Carrillo, marques de Espinardo, Ezpeleta, marques de Moutesa, Valladares, conde de Toreno, Melendez Cosio, Morales, Lopez del Baño, Agreda Gonzalez Perez, marques de Torremergia, Campillo, Latorre, Anaya, Crespo de Tejada, Ochoa, Ciscar, conde de Adanero, Aguirre Solarte, Romarate, Garay, y vizconde de S. Simon.

Los señores que se abstuvieron de votar fueron: Vega y Rio, Palarea, Orense, y Fuster.

El señor secretario Trueba dió cuenta de que el señor don Francisco de Paula Crespo Rascon, Procurador por Salamanca, remitió los documentos justificativos de su aptitud legal. Pasaron á la comision de poderes.

El señor presidente dió para la orden del día de la sesion siguiente (que dijo seria el lunes á las diez de la mañana) el discutir los otros artículos de la peticion sobre derechos; los asuntos pendientes; y el oír el proyecto de ley que presentará el señor ministro de Estado, acerca de la exclusion del trono de las Españas de don Carlos María de Borbon y su descendencia. Y cerró la sesion de este día á las tres y cuarto de la tarde.

ERRATAS DEL NUMERO DE AYER.

Proyecto del Sr. ministro de Hacienda sobre la moneda.

- Col. 4, lin. 4 del proyecto, dice: ejecutándolo con tal acierto que desaparezca la desigualdad que ahora se toca entre ambos metales acuñados, léase: aproximándola á la que existe en lo de las demas de Europa; desapareciendo así la desigualdad que ahora se toca entre ambos metales.
- Col. id., lin. 15, dice: otras naciones, léase: las naciones cultas de Europa.
- Col. 5, lin. 14, dice: Batida, léase: Acuñada.
- Col. id., lin. 70, dice: y su valor intrínseco, léase: y su ley ó grado de fino.
- Col. id., lin. 95, dice: diez, léase: dos.
- Col. 6, lin. 5, dice: á crear, léase: acrecer.
- Col. id., lin. 7, dice: arceer, léase: disminuir.
- Col. id., lin. 59, dice: á seis reales apenas, léase: cuando.
- Col. id., lin. 69, dice: necesario, léase: monetario.
- Col. 7, lin. 16, dice: 25, léase: 30.
- Col. id., lin. 27, desde, y esto induce, suprimase hasta el fin del párrafo.
- Col. id., lin. 66, dice: intrínseco, léase: estrínseco.
- Col. id., Art. 1.º, bórrese: que acompaña á la circular de la junta provisional de gobierno.
- Col. id., Art. 5.º, lin. 4, dice: ciento sesenta, léase: ciento setenta.
- Col. 8, Art. 6.º, párrafo 2.º, dice: ciento setenta, léase: ciento sesenta.
- Col. 9, lin. 1, despues de moneda, léase: siempre.
- Col. id., Art. 11. En vez del que se estampa, léase el siguiente: El diámetro y tipo de las monedas, serán los que altamente se hallen aprobados para la acuñacion por medio de la virola.
- Col. 9, tit. 11, art. 12, lin. 2, dice: las de, léase: las casas de

Espectáculos.

TEATRO DE LA CRUZ. A las siete y media de la noche: Norma, ópera en dos actos, musica del maestro Bellini.

TEATRO DEL PRINCIPE. A las siete y media de la noche se dará principio con una sinfonia: en seguida se pondrá en escena la tragedia en cinco actos titulada *Maria Stuarda*: A continuacion baile nacional, terminandose la funcion con un divertido sainete.